

TRES BIOGRAFÍAS PANEGÍRICAS DE RELIGIOSOS ALBACETENSES, DESCONOCIDOS O MAL CONOCIDOS, EN UNA VOLUMINOSA ENCICLOPEDIA BIOGRÁFICA DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX*

FERNANDO RODRÍGUEZ DE LA TORRE
Académico Correspondiente de la Real de la Historia

Al Dr. Vicente P. Carrión, franciscanista.

RESUMEN: En una vasta enciclopedia biográfica de personajes religiosos, publicada en 30 volúmenes, durante los años 1847-1868, prácticamente desconocida, que hemos leído por completo, hemos seleccionado tres personajes albacetenses famosos por su santidad, que no dejaron ninguna obra escrita. Consideramos de interés estas biografías panegíricas y, con algunos comentarios previos, las copiamos para conocimiento de todos.

TITLE: THREE PANEGYRIC BIOGRAPHIES OF MONKS FROM ALBACETE, UNKNOWN OR MISSUNDERSTOOD, IN A VOLUMINOUS BIOGRAPHICAL ENCYCLOPEDIA IN THE MIDDLE OF THE 19th CENTURY.

ABSTRACT: During years 1847 to 1868 was published in Spain a big religious Biographical Encyclopaedia, in 30 volumes. This work is, now, practical unknown. We have read all volumes, and we have selected the panegyric biographies of three personages born in province of Albacete, famous by his sanctity. We publish this biographies, for general knowledge, with previous commentaries.

1. LA FUENTE

Vamos a traer a colación una voluminosa biografía de mediados del siglo XIX, tal como la calificamos en el título de la presente nota.

Se trata de la autodenominada **BIOGRAFÍA ECLESIASTICA COMPLETA**, una vasta colección de biografías religiosas que, a pesar de las dificultades de la época en que se fue dando a la estampa, alcanzó finalmente su terminación.

* Artículo recibido el 15 de mayo de 2012 / Received on 15th May 2012 • Aceptado el 25 de septiembre de 2013 / Accepted on 25th September 2013

Una cédula normal de esta obra es la siguiente:

Biografía Eclesiástica Completa, ó sea de los Personajes del Antiguuo y Nuevo Testamento y de todos los Santos que venera la Iglesia, Papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos, en orden alfabético, REDACTADO POR UNA COMISIÓN DE ECLESIAÍSTICOS Y LITERATOS Y REVISADA por una Comisión nombrada por la Autoridad Suprema Eclesiástica. [Nota: desmenuzamos a continuación, todos los volúmenes].

Vol. 1., Barcelona, Imp. de D. J. M. de Grau, 1847. (A – AZZI). (36) + 1.168 pp. | Vol. 2., Madrid-Barcelona, Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Librería de D. J. M. de Grau y Com., 1849. (B – BRIZONET). (6) + 1.200 pp. + (I) h. | Vol. 3., Madrid-Barcelona, Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Lib. de D. J. M. de Grau y Com., 1850. (BRO – COLOMBIERE). (10) + 1.200 pp. + (I) h. | Vol. 4., Madrid-Barcelona, Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Lib. de D. J. M. de Grau y Cros., 1851. (COLOMBINI – D). (10) + 1.033 pp. + (I) h. | Vol. 5., Madrid-Barcelona, Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Lib. de D. J. M. de Grau y Compañía, 1851. (E). (9) + 1.204 pp. | Vol. 6., Madrid-Barcelona, Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Lib. de J. M. Grau y Compañía, 1853. (F – FIORD). (6) + 1.204 pp. | Vol. 7. Madrid-Barcelona, Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Lib. de D. J. M. de Grau y Compañía, 1854. (FIORE – GALICA). (4) + 1.200 pp. [tiene error en la paginación: de la p. 1.072 pasa a la 1.065, por lo que hay duplicadas las pp. 1.065 a 1.072, lo que hace, en realidad, que tenga 8 pp. más, o sea, 1.200 + 8 = 1.208; error detectado por nosotros mismos, en nuestra lectura de todos los vols., y nunca constatado en ninguna catalogación. FRT.]. | Vol. 8. Madrid-Barcelona. Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. y Lib. de D. J. M. de Grau y Compañía, 1854. (GALICI – GORI). (4) + 1.200 pp. | Vol. 9. Madrid-Barcelona. Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. de la Sociedad de la Biografía Eclesiástica, 1855. (GORIOUN – H). (4) + 1.199 pp. | Vol. 10. Madrid-Barcelona. Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. de la Sociedad de la Biografía eclesiástica, 1856. (H – JESUCRISTO). (4) + 1.454 + (6 = Índice del artículo "JESUCRISTO"). [Nota: el artículo "JESUCRISTO" es un voluminoso tratado de Cristología, firmado por Joaquín ROCA Y CORNET, dividido en C capítulos, que ocupa las pp. 642 a 1.454 de este vol.]. | Vol. 11. Madrid-Barcelona. Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Imp. de la Sociedad de Biografía Eclesiástica, 1857. (JESÚS – K – LEÓN XI). (4) + 1.211 pp. | Vol. 12. Madrid-Barcelona. Imp. y Lib. de D. Eusebio Aguado. Est. Tip. de Narciso Ramírez, 1862. (LEÓN XII – MARÍA, Guillermo de). (2) + 1.199 pp. | Vol. 13. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1862. (MARÍA, Hipólito Beccarios – MIGUEL, Fr. Leonardo). (2) + 1.199 pp. | Vol. 14. Madrid, Imp. de D. Alejandro

Gómez Fuentenebro, 1862. (MIGUEL, Fr. Lucas – NEY, Francisco). 1.205 + (3) pp. | Vol. 15. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1863. 1.198 pp. [Nota: a partir de este vol. los autores de los artículos firman con sus acrónimos y, al final, viene una tabla con sus nombres y apellidos completos; anteriormente no se hacía así, y en contadas ocasiones, se ponía una simple letra mayúscula: "C.", por ejemplo. FRT.]. | Vol. 16. "Bajo la dirección del Sr. D. Basilio Sebastián CASTELLANOS DE LOSADA" (Así seguirá con esta dirección en cada vol. hasta el 30, último de la obra). Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1863. (OSBERT – PAVÍA). 1.200 pp. | Vol. 17. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1863. (PAVIL – PH). (4) + 1.200 pp. | Vol. 18. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1863. (PI – PONZETA). (6) + 1.199 pp. | Vol. 19. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1864. (POPI – QUO). (6) + 1.218 pp. | Vol. 20. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1864. (R – REGIS). (5) + 1.198 pp. | Vol. 21. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez de Fuentenebro, 1864. (REGIS – RIDOLPHI). (VI) + 1.200 pp. | Vol. 22. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez de Fuentenebro, 1864. (RIEDOAL – RODRÍGUEZ, Sor María). (6) + 1.199 pp. | Vol. 23. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez de Fuentenebro, 1865. (RODRÍGUEZ, Manuel – ROZIER). (6) + 1.207 pp. | Vol. 24. Madrid, Imp. de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1865. (RUA – SALCEDO, Juan). 1.199 pp. | Vol. 25. Madrid. D. Alejandro Gómez de Fuentenebro, 1865. (SALCEDO, Fr. Luis de – SAN NICOLÁS, Fr. Pedro). 1.199 pp. | Vol. 26. Madrid, D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1865, (SANNTINIO – SHRWODUS, Juan). 1.144 pp. | Vol. 27. Madrid, por D. Alejandro Gómez de Fuentenebro, 1867. (SIAGRIO – SUÑER, Domingo). 1.205 pp. | Vol. 28. Madrid, por D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1867. (SUPERIO – TOMÁS, Santo). 1.213 pp. | Vol. 29. Madrid, por D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1868. (TOMÁS, beato – VENERE). 1.199 pp. | Vol. 30. Madrid, D. Alejandro Gómez Fuentenebro, 1868. (VENERI – ZYPAEUS). 1.119 + 110 pp. [En este apéndice destaca una larga biografía del Director: Basilio Sebastián CASTELLANOS DE LOSADA, en pp. 15-84, firmada por José SÁNCHEZ BIEDMA, uno de los biógrafos con más artículos firmados]. Sign. de la obra completa, vol. a vol., en la Biblioteca Nacional: 1-32185 a 1-32214].

Nuestro brevísimo comentario a esta voluminosa obra se ciñe a lo siguiente.

Muy poco conocida en general, la hemos leído a plana y renglón, y hemos obtenido la conclusión de que, aún con defectos claros, como cierta irregularidad en la proporción del tratamiento, más o menos extenso, para determinados personajes (algunos de menor importancia nos

parecen demasiado extensos; otros de mayor importancia no nos parecen suficientemente tratados). Observamos algún desorden alfabético, e incluso aparecen entradas sin saber por qué por el segundo apellido de los biografiados (ejemplo, en el último volumen: "VICTORIA, Francisco Javier de LUNA Y" (lo que es un quebradero de cabeza para buscar a LUNA Y VICTORIA, Francisco Javier de"). Con todos esos defectos no podemos negar que estamos ante una muy poco conocida masa de datos. Dice pocas fuentes en las que se apoya –el más citado es Nicolás ANTONIO– pero aparecen numerosas obras, impresas y manuscritas, que ignoran bibliógrafos eminentes de fines del siglo XX, tales como J. SIMÓN DÍAZ y F. AGUILAR PIÑAL, quienes, evidentemente, no se han leído las **36.601** páginas que suman los **30** volúmenes, publicados entre 1847 y 1868.

En cuanto a su redacción hay que pasar, en general, por un empalagoso panegirismo de los personajes biografiados (no en todos, pero sí, con evidencia, en los tres que traeremos a continuación). Y, a favor nuestro, consignemos que, a pesar de que se trata de una "Biografía de personajes de toda la Iglesia Católica", observamos con gusto cierta inclinación a personajes y obras españolas, sin que se olviden, en ese trato de favor, la de miles de españoles y criollos, de la América española.

2. PERSONAJES ALBACETENSES

Todos los personajes albacetenses que hemos encontrado los hemos copiado por completo, y aseguramos que, por ello, hemos adelantado mucho en el conocimiento de sus biografías, incrementando el importante concepto de sus obras impresas o manuscritas de algunos, o bastantes, de ellos. Pero, por ahora, vamos a ofrecer a los lectores, simplemente, las muy panegíricas biografías de tres venerables varones (dos de ellos, al parecer, declarados "siervos de Dios") que, por no haber dejado escrita ninguna obra, ni haber tenido cargos en su Orden, son por completo desconocidos, o difíciles de encontrar en libros precedentes, o eso, al menos creemos.

Casualmente los tres pertenecieron a la Orden Franciscana. Por supuesto, ninguno de ellos aparece en la muy citada obra conocida de Andrés BAQUERO ALMANSA (*Hijos ilustres de la provincia de Albacete*, Madrid, A. Pérez Dubrull, 1884). Sí hemos encontrado un claro precedente del primero que traemos, fray Blas Moreno, en el Capítulo XXI del Libro V de la *Crónica de la Provincia Franciscana de Cartagena*, del P. Pablo Manuel MOROTE (sus páginas 261 y 262).

Dicho lo anterior, sin más preámbulo, y siguiendo la metodología de esta sección VARIA, transcribimos a continuación las biografías de estos venerables varones, religiosos franciscanos:

“MORENO, fray Blas. Religioso franciscano, natural de Alcaraz, en el arzobispado de Toledo. Vivió algunos años y fue guardián del convento de su orden en Santisteban del Puerto, diócesis de Jaén. Se distinguió, no sólo como orador evangélico, uniendo el ejemplo a las palabras, sino por la grande observancia de su regla y extremado amor a la pobreza, cuyo voto guardaba con todo rigor.

De su grande devoción y asiduidad en la oración hacen constantes elogios las crónicas de su Orden, cuya cándida sencillez, mejor que interpretar, nos hallamos en el caso de transcribir. En la oración mental, dicen, tuvo grande eminencia, y del gusto que su alma recibía en ella y de la sabrosa dulzura que concebía, quedaba tan engolosinado, que en la oración vocal, estando a sus solas, se estaba saboreando en tanto grado, con reduplicación y reiteración de palabras, que a los que no eran de tanto caudal de espíritu como él, causaba enfado, y aún algunas veces movía a hacer de ella donaire. Pero los que tenían aquel don y riqueza, consideraban y oían sus palabras con mucha atención.

Pongo ejemplo de lo dicho. Si en su celda decía el *Pater noster*, solía decir de esta manera: “Padre nuestro; ¿y qué Padre tan amoroso, dulce, benigno, sufrido, y longánime para tan rebeldes e inobedientes hijos?” De esta manera seguía parafraseando y repitiendo las palabras de esta admirable oración, y las del *Ave María* y la *Salve*, de la cual repetición de palabras, sola su alma pudiera decir el consuelo y gusto espiritual que recibía. Alguna vez decía estas palabras en su celda, con tan alto tono (aunque muy religioso y medido), que parecía ofender el común silencio que en las religiones se profesa, y avisándole de esto algún religioso, respondía:

- *No sé en verdad, hermano, aquí me estoy regalando y entreteniendo con mi Reina y Señora; no sé si hablo alto o en silencio.*

Verdaderamente, la grande fuerza y fervor del espíritu, lo elevaba y suspendía, que siendo arrebatado este siervo de Cristo, de tal manera quedaba enajenado, que estaba menos apto de las cosas del hombre exterior.

Con no menor encomio se habla de otras virtudes de este venerable, que llegó a hacer muy querido de sus hermanos por sus buenas cualidades y los continuos ejemplos que les daba de humildad, caridad y demás propios de su estado religioso.

Acometido de una grave enfermedad cuando contaba ya más de setenta años, la sufrió con grande paciencia, sin exhalar una sola queja en medio de los más crueles dolores, antes bien prorrumpiendo en continuas alabanzas a Dios y a su Santísima Madre.

Una noche llamó a tres religiosos jóvenes, comisionados por el P. Guardián para que le velasen y ayudasen a rezar sus devociones, y después de haber terminado sus oraciones con la misma calma y tranquilidad que cuando se hallaba en completa salud, dijo un responso, según su costumbre, por las Ánimas del purgatorio. Mas apenas había pronunciado el *requiescat in pace*, cuando entregó su alma al Criador con una serenidad y sosiego que dejó admirados a cuantos le rodeaban.

Verificóse su muerte en 1559, siendo enterrado en el convento de Santisteban del Puerto. Con no poca concurrencia de los vecinos y moradores de aquella villa, que fueron a rendir el último tributo al piadoso orador que los había enseñado en vida con sus palabras y dirigido con sus virtudes y ejemplo.— S. B." (*Biografía Eclesiástica completa*, vol. 14, 1862, pp. 524-525.

"MUÑOZ, Fr. Pedro. La villa de Yeste, en el reino de Murcia y Obispado de Cartagena, fue la dichosa patria del siervo de Dios Fr. Pedro Muñoz. Tuvo por padres a Fernando Muñoz y a Teresa Ruiz, labradores honrados, de mucha cristiandad y limpieza, y de ánimo muy generoso, especialmente caritativos, socorriendo con la mayor frecuencia a los pobres y más necesitados.

Habiéndoles dado Dios este hijo, y viendo desde su niñez que daba muestras de inclinarse a todo lo bueno, despuntando desde luego en su pueril inocencia cierto rayo de la divina gracia, que lo disponía para heroicas virtudes, al mismo tiempo que descubría gran agudeza e ingenio, fueron motivos suficientes para que sus padres le eximiesen de los trabajos de la labranza, en que se ocupaban sus demás hermanos, poniéndole en una escuela para que aprendiese a leer y escribir. Siguió en los estudios sucesivos, en los que, por su mucha inteligencia y claridad de ingenio, además de su grande aplicación, sobresalió con conocidas ventajas entre todos sus discípulos; no contagiándose con los malos resabios propios de los jóvenes y comunicación con los estudiantes, antes bien con sus buenas costumbres, devoción, compostura y modestia, edificaba a los cuerdos y honestos, y moderaba a los inquietos y distraídos.

Contentísimos sus padres con sus procedimientos y feliz suceso en sus estudios, viendo que toda la población tenía puestos los ojos en él, envidiándoles tan buena suerte, y haciendo bien fundados pronósticos

sobre su porvenir, por su virtud y prendas, dedicáosle al estado eclesiástico, y habiendo recibido las primeras órdenes, acomodó su nueva vida al grave ministerio que iba a emprender, portándose como ministro que iba a consagrarse a Dios, frecuentando más las iglesias, aumentando su recogimiento, y huyendo de diversiones y conversaciones inútiles, como también de la ociosidad, cuidando aprovechar el tiempo, ejercitando acciones piadosas, estudiando y sirviendo a sus padres, en cuyos loables ocupaciones perseveró hasta ordenarse de sacerdote.

Grande fue el alborozo que sus propósitos produjeron, no sólo en todos los individuos de su parentesco, sino de otros infinitos que le estimaban sobremanera y se prometían mucho de sus virtudes; pero mayor fue la ponderación y concepto que de tan alta dignidad hizo el varón de Dios, pareciéndole hallarse obligado a hacer una vida muy santa, para que no desdijese de ministerio tan divino y sublime.

Con este impulso emprendió tan de veras la perfección, y puso medios tan eficaces, procediendo de virtud en virtud, que muy pronto alcanzó de consumado en ella, y fama de santo en la villa de Yeste su patria, y demás lugares de aquella comarca, por cuyos méritos el Prelado le instituyó enseguida confesor y cura de Socobos, sobreponiéndole a otros muchos clérigos más antiguos que él.

Empezó a ejercer su noble ministerio con tan ardiente celo del bien de las almas y aprovechamiento espiritual de sus feligreses, que corriendo de unos en otros la voz de su celestial doctrina, no era menester exhortarlos para llegarse a la penitencia, antes con grande gusto y emulación acudían a sus pies y recibían tanta luz y consuelo, que llegaba a enternecerlos su devoción. Ocupábase el siervo de Dios en este ministerio tan grave con el cuidado de vigilante pastor, no perdonando fatiga alguna de su persona para ocurrir a las necesidades de sus ovejas, y demás correspondientes al pasto espiritual con que les suministraba la vida del alma, acudiendo asimismo al socorro de lo temporal, remediando a los pobres con muchas limosnas, ayudando a casar las huérfanas, componiendo las malquerencias, y reconciliando a las enemistades, no pudiendo nadie resistir a su autoridad y respeto.

Como este fiel siervo de Dios toda su reputación y gloria la refería al Señor, quiso Su Majestad honrarle y autorizarle con un portentoso milagro. Habiendo salido cierto hombre del lugar de Socobos (de donde era párroco el venerable varón) cayó enfermo en el camino de un mortal y agudo accidente; fueron a llamar al cura para confesarle, pero por más diligencia que puso, cuando llegó le encontró muerto; y apenado el sacerdote por muerte tan imprevista con riesgo de la salvación de aquella

alma, recogíendose interiormente a rogar al Señor por ella, con fe en su infinita piedad e instinto divino, dijo a los circunstantes que confiasen en Dios, que no estaba muerto sino amortecido, y volviendo a hacer oración para que el Señor le concediese vida y espacio para la sacramental penitencia. Con asombro de los presentes se incorporó el difunto, y habiéndose confesado en seguida y recibido la absolución, se volvió a la misma forma que antes tenía, es decir, muerto. Dejando este suceso testimonio de su probable predestinación y asimismo del celo y ardiente caridad del venerable y santo varón.

Ocupado algunos años en este y otros santos ejercicios, a pesar de lo ejemplar de su vida, y de la grande utilidad y edificación que reportaba al pueblo; con todo, no gozaba su espíritu de aquella quietud, serenidad y sagrado ocio que le ofrecía el estado de la religión, especialmente la seráfica de San Francisco, que como tan libre y descargada de las cosas terrenas, deja apto al religioso para elevarse a la dulce contemplación de las soberanas y eternas. Comenzó su corazón a manifestar afectos y deseos de participar de la vida evangélica que hacían los frailes descalzos en el convento que poco antes se había fundado en aquella villa de Yeste. Cautivado por el recogimiento, pobreza y austeridad de los religiosos, su sencillo y apacible trato, su puntualidad y decoro en el culto divino, sus ejercicios de mortificación y oración, todo esto iba aprisionando su voluntad con suaves cadenas, y así hallándose decidido, no le pareció difícil dejar hacienda, padres y hermanos, estimaciones y comodidades que gozaba en su patria.

Sus deudos sintieron mucho su resolución, como también sus amigos como que perdían su mayor amparo y consuelo; así es que trataron de disuadirle, manifestándole lo necesario que era el bien común, especialmente con los beneficios que con su asistencia experimentaba aquella comarca, pues en lo temporal y espiritual era como un presidio, que alegremente sufría el siervo de Dios. Mas, a pesar de todo, no pudieron ni aun ablandarle los ruegos de su anciana y afligida madre, ni las lágrimas de dos hermanas que intentaron impedir su resolución, y así, disponiendo sus cosas, hizo llamar a algunos deudos que tenía, y viendo que era gente pobre, y que conforme a la regla evangélica que esperaba profesar, debía entre ellos repartir sus bienes, haciéndoles donación de las deudas, rompió las cédulas de obligación, pidiéndoles solamente en recompensa que le encomendasen a Dios, para que le diese su gracia y le hiciese buen religioso; con lo que quedaron muy agradecidos y edificados, y ajustado todo lo demás cuerda y cristianamente partió a la ciudad de Murcia a pedir el hábito en el convento de San Diego.

El prelado, teniendo noticias de su mucha virtud le admitió con el mayor gusto y alegría.

Viéndose ya en la escuela de la perfección, acometió denodadamente lo más arduo que conduce a ella; así fue que se le hizo suave la estrechez de la pobre celdilla, la sujeción del libre albedrío, que al mismo tiempo daba libertad a su espíritu; el ayuno le recreaba, la desnudez le encendía en el divino amor, cualquiera mortificación o trabajo le parecía natural. Como vino al monasterio varón ya de madura edad, fundado en antigua virtud, tan sobresaliente aun cuando era secular, no haciéndole ventaja ningún religioso en la compostura, modestia, santa conversación y humildad y en otras loables costumbres, tuvo poco que hacer su maestro; antes por haberle visto varón en todo tan adecuado, tan amigo de la oración y de cuanto toca a la regular observancia, se ayudaba mucho de su asistencia para el gobierno de los otros novicios, todos los cuales le amaban y respetaban mucho, y tenían como espejo y dechado para imitar sus grandes virtudes; y aunque por sus años y oficio sacerdotal parece que pudiera en razón dispensársele en algo y eximirle de trabajos de humildad y abatimiento, no lo consentía su profunda humildad, antes en estos oficios era el primero y el que con más fervor y alegría los ejecutaba. Lo mismo era en orden a la obediencia, y en las obras de caridad no necesitaba mandato por hallarse impelido a ellas del piadoso fuego que ardía en su corazón.

Así pasó el año de probación con singular aprovechamiento, paz y consolación del espíritu, llegando el día de la profesión que tanto deseaba. Congregóse la comunidad para este acto, con gran gusto de los religiosos, por las muestras de singular virtud que en él habían observado en el año de su noviciado, profesando en el dicho convento de S. Diego de Murcia, a 20 de Setiembre de 1619, en manos de Fr. Pedro Adan, guardián de la dicha casa, siendo ministro provincial Fr. Blas de Aibar, y maestro de novicios Fr. Francisco Veneciano, varón muy penitente, religioso y espiritual. Alcanzó también por maestro a Fr. Melchor Limiñana, el cual certificando lo que sabía acerca de la perfección y virtud del siervo de Dios Fr. Pedro dice:

“Que ni en el tiempo que le tuvo de novicio en Murcia, ni después de algunos años, que fue su súbdito en el convento de nuestra Señora de Sales, de la universidad de Sueca, le notó un pecado venial, ni hablar una palabra ociosa; antes bien, mientras fue su maestro, le vio siempre adelantarse a todos en virtud, perfección y observancia. Y después de ser ya profeso, se aumentó de suerte en la devoción y ejercicios penitentes y espirituales, que se excedió a sí mismo, admirando a los demás religiosos”.

Lo mismo afirma Fr. Eugenio de Chaves, predicador y religioso digno de fe, diciendo que Fr. Pedro era varón perfectísimo en todo género de virtud, y principalmente en la verdadera, puntual y pura observancia de su profesión y regla, y el más cauto y vigilante que jamás conoció en la guarda de sus esenciales votos, porque fue obedientísimo, sin réplicas, ni discursos, ni mal rostro, por ásperas que fuesen las cosas que se le mandaban, sino un corazón muy manso, rendido y sincero. Fue honestísimo de cuerpo y alma, la cual tuvo y conservó tan limpia, que habiéndole confesado para morir, no le halló materia de un pecado venial en el tiempo que fue religioso.

Fue verdadero pobre en el trato de su persona, contentándose con cubrir sus carnes con un solo hábito áspero y deslucido, de poco abrigo, usándolo aún en tierras destempladas y frías, como la de Almansa, donde fue morador, y con ser ya de edad, siempre anduvo descalzo por los caminos, no reparando en aguas, nieves, ni recios calores. Ejercitábase en continuos y estrechos ayunos y en largas y frecuentes vigilias. Era humildísimo y muy mortificado, áspero y penitente consigo, mas muy compasivo para los pobres, considerando en ellos a Cristo que se hizo pobre por enriquecernos, y así los servía y regalaba con gran caridad, y después los peinaba y aseaba, con otros beneficios, concluyendo por besarlos los pies, lo que hacía de rodillas con gran devoción.

Era tanta su paciencia, que hallándose en Alemania [*sic*; nos parece errata por Almansa u otra localidad homófona, pues este religioso solamente vivió, que sepamos, en localidades del SE. español. FRT.], le envió el Guardián a un lugar cuatro leguas distante, a cierta obediencia. Fue a cumplirla el siervo de Dios, y habiendo llegado en ocasión que celebraba fiesta aquel pueblo, ocupóse mucho en confesar la gente, que como le tenían por santo y sabían la edificación y consuelo que causaba en sus almas, acudió grande número de él; esto le hizo retrasarse, a lo que contribuyó ser el camino fragoso y áspero, y el siervo de Dios, pesado por los años y sin calzado alguno, por lo tanto se detuvo algún tiempo más del que llevaba licencia, por lo que el prelado tomó ocasión para darle una áspera reprehensión, la cual llevó con admirable virtud y paciencia, sin excusarse ni perturbarse, antes dando gracias a Dios, que en premio del trabajo que había tenido, y obra de caridad en que se había empleado, le diese aquella ocasión de merecimiento. Con todo, la comunidad lo sintió mucho, porque habiendo sido tan legítima la detención y él un religioso tan ejemplar, además de sus prendas y años, que pasaban ya de cincuenta, le hubiese el Guardián tratado tan ásperamente; pero Fr. Pedro siempre disculpó al prelado, probando que había cumplido con su deber.

No es creíble el fruto que causaba en las almas su santa doctrina, así en el confesionario como fuera de él; por dichoso podía tenerse el que le tenía a su cabecera en el artículo de la muerte, por su particular gracia para disponer los enfermos y hacerles menos amargo el trance de dejar la vida mortal, y desatar sus corazones y afectos de las prisiones de la carne.

Lo mismo podía decirse del pueblo donde moraba; pues como si fuese un iris de paz para serenar los inquietos ánimos, así pacificó y serenó los de muchos que estaban enemistados. Especialmente lo hizo en un lugar entre un linaje que estaba dividido escandalosamente en parcialidades dejando a los enemigos reconciliados, y por su respeto muy devoto a la religión, y decididos a vivir cristiana y piadosamente, lo cual hacía con todos aquellos a quienes trataba, persuadiéndoles con evangélica enseñanza y ejemplos a amar con todas veras a Dios, a observar sus divinos preceptos, ejercitarse en obras de misericordia, frecuentar los sacramentos, especialmente el de la penitencia, para cuya administración tuvo gracia y don singular. A muchos penitentes persuadía se confesasen generalmente para desenmascarar de raíz sus pecados y purificar sus conciencias, de modo que los que acertaban a llegar a sus pies, para siempre quedaban prendados, pareciéndoles haber hallado una clara antorcha que les alumbrase entre las ciegas sombras del mundo, para no perder el camino de la salud.

Juntábanse en Fr. Pedro partes esencialísimas para constituir un varón apostólico: vida irrepreensible, suma desnudez y pobreza, agradable y sencillo trato, eficacia en persuadir al bien, siendo alma de su decir su obra, por lo cual en los pueblos donde asistía, no le conocía por otro nombre sino por el de “Santo Fr. Pedro” y como a tal le veneraban todos; y este concepto que de él tenían, solía el Señor confirmar con algunos maravillosos casos.

Uno de ellos fue que, pasando el siervo de Dios por un lugar, que se dice Benifayó, viendo a unos labradores, que estaban sembrando un bancale de trigo, les suplicó le permitiesen sembrar, y teniendo ellos a buena suerte por conocerle ya, y saber su gran perfección, fue cosa de maravillar que aquel bancale que sembró de su mano, llevó la más fértil y copiosa cosecha que jamás se vió en aquel terreno.

Fr. Pedro Muñoz, aunque con todos era piadoso, con los miserables y pobres su virtud rayaba en extremo, tratándolos como una madre amorosa a sus hijos. Lo menos era lo que cuidaba de ellos respecto a la necesidad corporal, siendo así que no podía allegar a más la ternura, halago y cariño, con que les acudía, sazónándolos muy bien la comida, y haciendo

otras obras de caridad; pero en lo que más mostraba su paternal amor, es en el socorro espiritual, con que acudía a las flaquezas y enfermedades del ánimo, exhortándoles ordinariamente con pláticas de admirable eficacia a la paciencia y resignación, y a ennoblecer y calificar su pobreza, abrazándola con la voluntad por amor de Dios, y portarse también como pobres y necesitados de los demás, en ser muy mansos, agradables y humildes. Y por confirmarlos en esto, e inducirlos con el ejemplo, arrojándose como antes se dijo, les iba besando los pies, dejándolos muy compungidos y edificados. No era solo en lo exterior esta caridad; pues remediaba secretamente otras muchas necesidades de vergonzantes.

Fue muy fervoroso en el ejercicio de la santa oración, llevando siempre ocupada su mente en divinas meditaciones, y teniendo particulares tiempos y lugares señalados para dedicarse a ellas con mayor abstracción y quietud. Perseveraba en vela lo más de la noche, tomándole el suelo únicamente el tiempo desde tocar a silencio hasta despertar a maitines, después de los cuales se quedaba en oración hasta la mañana, tanto por las actuales misericordias divinas que recibía en ella, como por prepararse y disponerse para la Misa, la cual celebraba con singular devoción, reverencia y afecto, de suerte que edificaba a cuantos la oían. Entre los ejercicios de mortificación con que se preparaba, era uno de ellos indispensable todas las noches el de una áspera disciplina.

Adornado, en fin, de heroicas virtudes y enriquecido de merecimientos, le sobrevino la última enfermedad, ocasionada de una trabajosa obediencia, en cuyo puntual cumplimiento antes quiso morir que faltar. Edificó sobremanera a los religiosos la paciencia con que siempre estuvo, y la perfecta resignación con que su voluntad se ajustó a la divina, como quien tan habituado estaba a andar con ella unido, no sólo por conformidad, sino por vínculo estrecho de amor. Impelido del cual, cuando ya se disponía a morir, así como otro San Diego la Santa Cruz, él tomó dos imágenes, la una del niño Jesús, y la otra de su dulcísima Madre, les daba ósculos muy tiernos, y les decía muy amantes requiebros, que enternecían a los circunstantes, en cuyos amorosos afectos ocupado hasta el último fin, habiendo recibido con suma devoción y piedad los Sacramentos, se separó su bendita alma del cuerpo, y subió a gozar de las felicidades eternas a 22 de Enero de 1623, cinco años y cuatro meses después que tomó el santo hábito, habiendo en este poco tiempo adquirido tanta perfección, que en todos los lugares y conventos que estuvo, entre seculares y religiosos, adquirió fama y opinión de santo, y en el último donde murió, que fue el de Nuestra Señora de Sales de Sueca, y en toda aquella comarca, fue aclamada su vida por santa, y llorada de todos su muerte, solicitando

con gran devoción sus reliquias. Como entre otros las veneraba por tales el Rector de Picasent, afirmando que en cuando le daba lugar la piedad cristiana, tenía por cierto estar ya en la gloria, entre los verdaderos hijos de S. Francisco, por haberlo así tan suyo.— A. L.” (*Biografía Eclesiástica Completa*, vol. 14, 1862, pp. 745 – 752).

“**PLAZA, Fr. Pascual de la.** Religioso franciscano descalzo, natural de Alcaraz. Ignórase la época en que tomó el hábito, lo que hizo en la provincia de S. Juan Bautista, debiendo ser ya adulto, pues había sido mucho tiempo soldado y llegado a obtener el empleo de alférez; mas, dice la crónica, aunque anduvo en esta milicia, tan arriesgada para perderse, procedió con tanto recato y modestia, que no sólo no hizo ofensa a nadie, mas daba ejemplos de notable inocencia. Cuando se alojaba, lo primero que les prevenía a sus huéspedes, era que por respeto suyo no hiciesen más gasto que el ordinario, que para él cualquier cosa bastaba, y que con eso lo tendrían contento, y de otra suerte muy disgustado, y en todo lo que les podía ayudar lo hacía con grande apacibilidad; y si era gente que tenía hacienda de campo, trababa amistad con los mozos y se iba con ellos, y tomando la azada o el arado, trabajaba como un jornalero; y queriéndoselo defender, decía, que se había criado en aquello, y así tenía en ejercitarlo mucho consuelo, porque el intento con que lo hacía, como él después dijo, era por no comer el pan de balde, y por huir de la ociosidad y tráfago del mundo, juegos y mujercillas que suelen seguir a los soldados; con lo cual y su condición apacible ganaba de modo las voluntades, que cuando se despedía de su alojamiento, chicos y grandes lo sentían como si fuera aun hijo o hermano, enterneciéndose y llorando de pena.

Quien de este modo se portaba mientras siguió la milicia del mundo ¿qué haría vestido de la luz evangélica en la religión? Tratóse toda su vida con grande aspereza y rigor, haciendo toda clase de penitencias. No vistió nunca más que un hábito remendado y pobre; y así en invierno como en verano iba a pie y pierna descalzo por los pueblos y caminos fragosos a través de las nieves y los hielos. Era tal su costumbre de ir descalzo, que estando en Gandía y habiendo de hacer un viaje muy largo, preguntó el prelado si llevaba sandalias, y respondiéndole que no, le mandó buscarlas y que las llevase; hízolo así, y cuando volvió, yendo a recibir la bendición, y viéndole descalzo le dijo: *Aquí están, hermano*, pareciéndole que con sólo llevarlas consigo, cumplía, por no haberle dicho que se las pusiese en los pies.

Nunca dejaba de hacer sus ejercicios por trabajo o descanso, en particularidad en los que eran de comunidad. Era muy abstinerente, y además

de los ayunos de obligación, observaba otros muchos, preparándose para las fiestas de nuestro Señor Jesucristo, especialmente todos los sábados en honra suya, por ser humilde esclavo suyo, y asimismo otros días de santos, y a pan y agua todos los viernes de adviento y cuaresma.

Era tal su paciencia, que ni en trabajos ni enfermedades, por graves que fueran, se le oía una queja, ni se quejaba nunca del calor ni del frío ni de los rigores de las estaciones, teniendo que sufrir mucho por este concepto cuando salía a la postulación, teniendo que llevar las limosnas a cuestras y algunas veces por un largo camino, con los pies descalzos y a veces abiertos y muy lastimados, y todo le parecía poco según el valor que tenía y sus deseos de padecer por Jesucristo. Nunca estaba ocioso, ni se contentaba solamente con el oficio que se le encargaba por obediencia. Por la mañana tenía su mayor consuelo en ayudar a misa, y el resto del día, cuando le quedaba algún resto de vagar, iba a ofrecerse al cocinero o al hortelano para ayudarlos en su trabajo.

Estando en el convento no faltaba nunca a ningún acto de la comunidad, procurando desembarazarse con tiempo de otras ocupaciones por aquella tan principal; asistía con tal devoción, gravedad y compostura religiosa, que edificaba a todos, lo que procedía de la continua presencia de Dios que sentía en sí, lo cual no le daba lugar ni a desvanecimiento de los sentidos ni a vaguedades de pensamiento, y si le ocurría alguno, si cabe, le alejaba de sí con gran presteza.

Era tan casto y puro, que no cometió en toda su vida pecado alguno contra la honestidad, y huía las ocasiones, aun siendo ya religioso y viejo, con gran vigilancia. Y no solamente en esta materia, pero ni en otra alguno, quebrantó jamás la divina ley, ofendiendo a Dios gravemente como lo afirmó su confesor, y que en el estado religioso nunca hallaba de qué absolverle, y a pesar de esto era tan humilde que se tenía por el más vil y miserable pecador del mundo, sin que tuviese vanidad ni presunción alguna, atribuyendo todo el mal a sí mismo y todo el bien a la bondad divina.

Era en extremo sencillo y tan pacífico, que jamás se sintió en él movimiento alguno de ira. Jamás se descubrió malicia en su pecho, ni salió palabra de su boca contra su prójimo, de quien nunca profirió la murmuración más leve, y si murmuraba alguno delante de él, procuraba impedirlo diciendo: *Hermano, deje eso y diga un Ave María por mí*; y aunque era muy afable con todos, no hacía confianzas con ninguno ni se burlaba de nadie, y siendo sacerdote, era singular el respeto y reverencia que les tenía. Su sencillez y candidez eran tan extraordinarias, que no sabía juzgar mal de nada, todo lo interpretaba a la mejor parte.

Era tan piadoso para con los pobres, y de ánimo tan liberal, que si le pedían el hábito que llevaba encima, no dudaba en darlo, y muchas veces se dejaba descoser pedazos de él y del manto para personas necesitadas; a los vergonzantes que acudían a la portería, además del socorro y limosna les daba muy santos consejos, consolando a los afligidos y animando a los débiles; nunca sabía cómo regalar suficientemente a los enfermos, y si eran religiosos, acudía a servirlos con notable afecto y a consolarlos con dulces y emotivas palabras.

Tuvo un ardiente celo por la honra de Dios, y reprendía los pecados con libertad apostólica. Cuando se hicieron las informaciones de las virtudes del siervo de Dios por todos los lugares de la huerta de Gandía, al preguntarles si sabían alguna cosa, respondían todos a una voz, y muchos llorando: “Padre, era un santo; siempre iba descalzo y nos daba buenos consejos, y nos parecía que en verle veíamos un ángel del cielo; otra cosa particular no sabemos, salvo que en todos los lugares y pueblos de esta comarca no había persona grande ni pequeña, a quien no le supiese el nombre, hasta a los niños que había visto otra vez”. Cosa prodigiosa, y que no puede menos de admirar a los que saben el gran número de mujeres y de muchachos que viven en aquel distrito. Teníanle en él y en Gandía tan gran devoción, que habiéndole sacado de allí y trasladado al convento de S. Juan de Ribera de Valencia, lo sintieron tanto. Que algunos dejaron de dar por muchos días limosnas a los religiosos, diciendo que no la darían hasta que volviese Fr. Pascual, y así tuvieron que volverle los prelados.

Era este siervo de Dios muy dado a la oración mental, y así además de las comunidad, en no teniendo ocupación precisa, se iba al coro o a la iglesia a hacer solas sus devociones, y como era notorio a todos, así religioso como seglares, cuán familiar y continuo era el trato que tenía con nuestro Señor, era notable la confianza que tenían en sus oraciones, encomendándose a ellas en sus necesidades, y consiguiéndose, según un gran número de casos que refiere la crónica, lo que pedían por su intercesión. Parece que estuvo también dotado de la gracia de la revelación, concediéndosela el Señor para utilidad y consuelo de sus devotos y para esmalte de su gran virtud, a que acudían, como ya hemos dicho, muchas personas en sus desgracias, consiguiendo con frecuencia el objeto de sus deseos. Tenía gran celo por la conversión de los pecadores, y en una ocasión convirtió a uno que se hallaba muy endurecido en sus culpas, a quien confesó Fr. Juan Navao, pues no lo había hecho en muchos años, derramando gran copia de lágrimas y con vivas muestras de contrición.

Colmado de días y merecimiento, le dio la última enfermedad, que fue muy larga y penosa, queriendo el Señor que resplandeciese más su

paciencia y virtud en la grande resignación con que la sufrió. Creyóse haberle revelado Dios el día y hora de su muerte, porque habiendo recibido el viático, y pareciéndole al médico que no moriría tan presto y que no era necesario darle la santa unción, pidió con muchas instancias que se la diesen, y viendo que aún lo dilataban, llamó al Guardián y le dijo: "Yo me muero, háganme dar luego la unción"; hicieronlo así, y por priesa que se dieron en llamar al médico, cuando llegó, ya había expirado.

Murió entre las nueve y las diez de la noche del 27 de junio de 1644. Luego que se sacó el cuerpo a la iglesia y se puso en el féretro, acudió tal concurso de gente de todos estados a venerarle, besarle los pies, tomar pedazos del hábito para reliquias, que seis religiosos que le estaban continuamente velando, no eran suficientes para defenderle, y crecía más la devoción, viendo que se hallaba en casi el mismo estado que cuando se encontraba vivo.

Diósele sepultura a la hora de misa mayor, no dilatándola más por temor de que si se divulgaba la muerte por los pueblos circunvecinos, hubiese una gran conmoción, corriendo peligro de que se llevasen gran parte de su cuerpo. El mismo duque de Gandía pidió que le cortasen un dedo para ponerlo entre sus reliquias, y habiéndole cortado el pulgar, salió mucha sangre como si estuviese vivo, y que los médicos certificaron ser cosa sobrenatural.

No nos detendremos en la narración de los hechos milagrosos que se atribuyen a este santo varón, cuyo número es demasiado grande y cada uno de por sí demasiado extenso, pues parece constan de las pruebas que se hicieron para su beatificación, que no llegó a realizarse, contando, por lo tanto con grande individualidad todas sus circunstancias.— S. B." (*Biografía Eclesiástica Completa*, vol. 18, 1863, pp. 891 – 894).